

Pandemónium

Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

No. 122

15 de noviembre de 1914

Año IX



SEÑORITA MARÍA TERESA AMADOR

San José de Costa Rica

Librería e Imprenta
Alsina

Precio **25** Cts

Apartado No. 249 Teléfono No. 38

LIBRERIA ALSINA



**Obras literarias y Novelas
de los más célebres autores**

**INMENSO SURTIDO
EN EFECTOS PARA ESCRITORIO**

Objetos para regalos

PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS

**Calle de la Estación y Calle 3ª Norte
SAN JOSE, Costa Rica**

324
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

EDITORES: MURRAY Y CÍA. • ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA ALSINA

AÑO IX

15 DE NOVIEMBRE DE 1914

Núm. 122



*Como recuerdo de la guerra
de 1914. Robert*

Los Sres. don ALBERTO ROBERT y EMILIO MEZERVILLE

distinguidos hijos de la República Francesa,
quienes, al llamamiento del deber, dejaron sus hogares formados en esta capital para
acudir en defensa de su patria.

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑÍA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249 — TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto \$ 0-25

Suscripción por un mes 0-50

“ “ trimestre (adelantado) 1-25

Número atrasado 0-40

Para Centro América los mismos precios.

Para el Extranjero,

el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Leyes de la versificación castellana.	J. FABIO GARNIER	La guerra del mundo	VICENTE MEDINA
En el crepúsculo	DOMINGO ESTRADA	La nube y la fuente	JUAN ALCOVER
En la alborada	FERNANDO CRUZ	Una página sobre Roma	MAETERLINGK
La falda de seda	HÉCTOR NARANJO	La tarde se adormece en los rosales	VÁSQUEZ YÉPEZ
A orillas del Yalú		La quincena social Josefina	F. FERNÁNDEZ
Rabindranath Tagore		Revistas recibidas	
Lumbre divina	R. TAGORE		

GRABADOS

Srta. María Teresa Amador.—Félix Robert y Emilio Mézerville.—José Fabio Garnier.—Mujeres belgas reparando nueces.—Crematorio improvisado de los alemanes. Batalla entre el Marne y el Aisne.—Ataque a un monoplano británico.—Puentes destruidos por los alemanes en

el Aisne. Soissons.—Abadía de San Juan de las Viñas, en Soissons.—Tumba de la señorita Enriqueta Atmetlla.—Grupo de señoritas que tomaron parte en la yelada del violinista Longino Soto G.—Señoritas Ada y Margarita Gil y María Blanco.

De mis lecturas

Leyes de la versificación castellana

El magnífico poeta sudamericano Ricardo Jaimes Freyre publicó, hace algún tiempo, un libro pequeño saturado de muchas ideas nuevas y, a mi juicio, ciertas, relativas a la versificación castellana.

Juzgo de una grande importancia el libro del profesor de Tucumán porque, dejando de lado, por incompletas, las teorías que hasta hoy han sido aceptadas en lo que se refiere a la legislación de los versos, expone una nueva

a la cual no se le puede conceder, como a todo lo que es nuevo, el dictado de revolucionaria. Por el contrario, las explicaciones de Jaimes Freyre son tan justas, tan apropiadas a nuestra versificación y a otras versificaciones —como en un segundo artículo haré ver—que los espíritus cultos, libres de todo apriorismo, las aceptan casi sin discutir las.

El autor ha examinado con detenimiento los versos de nuestra fértil

literatura desde los primitivos hasta los modernísimos pasando, como dice él, por los venerables monumentos del misterio de clerecía, por las habilidades trovadorescas del siglo quince, por la magnífica poesía de la edad de oro, por el neoclasicismo estéril del siglo dieciocho y por la desordenada y brillante producción romántica. De ese análisis, hecho por un verdadero poeta, dedujo una ley del ritmo castellano, ley que explica de una manera perfecta la música de los versos en nuestra lengua melodiosa y armoniosa y define la diferencia esencial que existe entre los períodos líricos y los párrafos de la prosa.

Parte Jaimes Freyre del hecho de que no sólo son posibles los versos usados hasta hoy puesto que esas clases no son sino una parte, más o menos limitada, de la infinita variedad de estrofas que pueden hacerse en castellano. El poeta buscó, pues, la ley del ritmo, no la ley de los pocos ritmos que hasta la época nuestra han sido preferidos por los versificadores de España y de América.

Otro prejuicio que, en su estudio, abandona Jaimes Freyre es la creencia de que para hacer una teoría aceptable en lo que se refiere a la versificación, es preciso basarse en la medida silábica total de cada verso, considerando como intangible el dogma de la unidad métrica. Este prejuicio, tan difícil de desterrar de la mente de los mediocres versificadores de lengua castellana, ha dado lugar a muchos errores inexplicables que han sido proclamados como leyes insustituibles para el ritmo en español.

El primer capítulo está dedicado a

la crítica científica de las teorías que hasta hoy han sido formuladas: la clásica que, como se sabe, establece que el verso es una parte del discurso medida por sílabas largas y breves que forman pies métricos semejantes a los

griegos y latinos; la americana que, con Andrés Bello, dice que el verso está compuesto por cláusulas rítmicas puramente acentuadas, de dos o tres sílabas cada una; y por último, la vulgar concepción del verso como un grupo determinado de sílabas con uno o más acentos prosódicos fijos.

La teoría clásica es inaceptable en una lengua como la nuestra en la cual no existen sílabas que puedan clasificarse en largas y cortas; en español no tenemos sílabas

de duración diferente, base fundamental de las versificaciones griega y latina; para el castellano todas las sílabas son idénticas sean cuales fueren sus elementos, por lo tanto no es posible la adaptación de los pies métricos clásicos a nuestros versos. Si es un error el trasplantarlos, más aún lo será el querer explicar la cadencia de los versos españoles con una ley basada en dichos pies clásicos.

En cuanto a la teoría americana, formulada por Andrés Bello y ampliada luego por Luis Quintín Vila y Eduardo de la Barra, afirma que todos los versos castellanos están formados por cláusulas métricas de dos a tres sílabas que podrían ser trocaicas (—), yámbicas (—), dactílicas (—), anfibráquicas (—) o anapésticas (—). Como se ve, no era más que una resurrección de la teoría que Nebrija en su *Arte de la lengua castellana* presentó llamando espondeo la cláu-



ING. JOSÉ FABIO GARNIER

sula bisflaba y dáctilo la trisflaba y de la de Gómez Hermosilla quien hablaba de troqueos, yambos y pirriquios; sin embargo, la teoría de Bello es superior a las dos anteriores aunque presente errores grandes como el que consiste en identificar los acentos prosódicos con los rítmicos. Hay en los versos, a veces, reuniones de cuatro, cinco o seis sílabas sin ningún acento prosódico y sin acento rítmico. ¿Cómo podrán reducirse a una de las cinco formas de cláusulas bisflabas o trisflabas que constituyen la parte esencial de la ley de Bello? Ninguna explicación satisfactoria da al respecto la idea de los acentos potestativos puesto que aceptarla implica la obligación de hacer leyes especiales para cada caso, determinando cuáles acentos pueden considerarse como potestativos y cuándo debe prescindirse de un acento antes que de otro.

Jaimes Freyre, sin embargo, no le niega todo valor al descubrimiento de Bello puesto que reconoce que, aunque no explica el ritmo, su teoría ha servido para crear un completo sistema de versificación que es irreprochable como técnica pero que adoptado en todos los versos de una misma estrofa produce una monotonía exasperante.

De la Barra, a las cláusulas bi y trisflabas agrega las tetra y las pentasílabas trasformando la teoría de Bello sin completarla como pretendía. El grande error de ambos consistió en admitir la existencia de pies métricos con un único acento prosódico que es a la vez acento rítmico.

Estudia por último la teoría vulgar que muy bien merece tal nombre puesto que le han dado importancia los más vulgares versificadores de la península española y del continente colombino. Tal teoría, es un hacinamiento de reglas para hacer versos y para ponerlos en casilleros más o menos bien determinados; pide un número fijo de sílabas para cada verso y en cada verso un número fijo de acentos rítmicos que no es posible variar sin caer en el pecado de lesa poesía. Toda innovación en el arte del bien

decir, toda tentativa de perfección encuentra en esta teoría su mayor enemigo; para ella no existe la intuición musical que es la que permite que los poetas verdaderos intenten formas nuevas y varíen las ya conocidas sin faltar, como es natural, a las leyes del ritmo castellano.

Ser poeta, según esta teoría, es lo más sencillo; por eso vemos tantas nulidades arreglando sus frases insustanciales en renglones cortos que son poesía porque sí, porque obedecen a los principios establecidos. Para esa teoría vulgar los versos pueden estar compuestos de dos a catorce sílabas, los que terminan en palabra grave tienen tantas sílabas rítmicas como ortográficas, los que concluyen con un esdrújulo pierden una que ganan, por el contrario, los que llevan al final una palabra aguda; los versos de dos a ocho sílabas poseen solo un acento en la penúltima, mientras que los de nueve a catorce requirieren, además del indicado, otros acentos que no deben faltar en los lugares que el uso ha establecido, así un endecasílabo sáfico, por ejemplo, debe llevar acento en la primera, cuarta, octava y décima sílabas. Todo esto, junto con la distribución de las pausas y el uso de un buen diccionario de la rima permite hacer versos de técnica impecable pero no deja que, quien no es poeta, se transforme en un bardo verdadero.

Jaimes Freyre inicia, con el capítulo segundo, el estudio de su ley rítmica basada en la afirmación de que los versos castellanos se obtienen combinando períodos prosódicos, es decir, uniendo entre sí, diversos grupos de sílabas,—de una a siete—de las cuales la última lleva acento intenso, estén o no acentuadas las otras. El autor divide esos períodos en iguales, análogos y diferentes según que tengan el mismo número de sílabas; o consten de un número desigual, pero todos pares o todos impares; o estén formados por un número desigual, pares unos, impares los otros.

Verso es, para él, la combinación de períodos iguales o análogos; prosa, la unión de períodos diferentes.

Examinando las diversas clases de versos conocidas el poeta argentino notó que en ningún caso el acento intenso se encontraba más allá de la séptima sílaba, de esa observación dedujo la existencia de los períodos prosódicos con acento necesario en la última sílaba. Así los versos de Jaimes Freyre:

*Adornen tu frente
laureles y mir/los y rosas...*

tomados de su poesía *Alma antigua*, están formados, el primero por un so'o período pentasílabo y el segundo por uno pentasílabo y otro trisílabo. Es pues lo que el autor ha llamado verso de períodos prosódicos análogos: todos constan de un número impar de sílabas.

Y estos otros de *Las Sombras de Hellas* de Leopoldo Díaz son de períodos iguales: cada uno de ellos está formado por dos exasílabos:

*mañana los cabellos—se cubrirán de nieve
corceles fatigados—serán nuestras pasiones,
Mira... la vida escala—de mi jardín el muro,
las rosas nos invitan—desde el rosal oscuro,
y en los racimos laten—inéditas canciones.*

Los elegí precisamente porque presentan un aspecto nuevo de la teoría de Jaimes Freyre, porque poseen lo que él llama sílabas de agregado, es decir, sílabas que vienen después del acento necesario del período y que no pertenecen al siguiente grupo. Las sílabas últimas de las palabras *cabellos, nieve, fatigados, pasiones, escala, muro, invitan, oscuro, laten, canciones* son sílabas de agregado porque no se cuentan en el siguiente período.

Otro detalle importante para la división en períodos es el que se refiere a los acentos intermedios cuando éstos se encuentran en la misma sílaba de cada verso. Así los siguientes de la *Balada* de Enrique Banchs:

*Éra la abuela tan vie-ja tan vieja,
que entre sus manos flacu-chas y finas
ya no podía ni alzar-la madeja:
tanto era vieja la abue-la del cuento.*

podrían considerarse como formados por un período de siete y otro de tres

sílabas pero la insistencia en cada verso de los acentos intermedios de la primera, cuarta, séptima y décima sílabas obliga a dividirlos en cuatro períodos, uno monosílabo y los demás trisílabos:

*e-ra la abue-la tan vie-ja tan vieja,
que en-tre sus ma-nos flacu-chas y finas
ya-no podía-ni alzar-la madeja:
tan-to era vie-ja la abue-la del cuento.*

Con estas consideraciones el poeta puede crear ritmos nuevos; en sus manos está el distribuir convenientemente los períodos; así el endecasílabo italiano resulta de la unión de dos períodos tetrasílabos y uno disílabo o enlazando un período de seis sílabas con otro de cuatro. Ambas maneras se encuentran en la bella poesía *Mano infantil* del joven bardo argentino Rafael Alberto Arrieta:

*Cuando en los labios trémulos ambule (6-4)
la golondrina azul de la plegaria... (6-4)
O le alzarás, tal vez, como una antorcha, (6-4)
tremolarás como bandera al viento (4-4-2)
en el alto recinto de las plazas (6-4)
bajo la aureola colosal del sol. (4-4-2)*

Los acentos secundarios o intermedios no tienen ninguna importancia, se pueden variar de posición dentro del período sin que el ritmo del verso se vea alterado de una manera fundamental. A este propósito Jaimes Freyre nos cita los siguientes versos compuestos de períodos heptasílabos:

*Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

La cadencia es perfecta, sin embargo, los acentos intermedios (muerte, sienta, placer, vuelva) están en la segunda sílaba del primer verso, en la cuarta del segundo y del tercero y en la tercera del último. La existencia de esos acentos, sin distribución fija, hace que los versos sean más sonoros evitando así la monotonía que sin duda alguna, engendra, en una estrofa, la idéntica colocación de cuanto acento existe en ella.

El capítulo tercero lo dedica Jaimes Freyre a la formación de los versos.

Todo verso no es más que la sucesión de períodos prosódicos limitada por una pausa larga; sin embargo el poeta puede dividirlos como guste, sin contar con los dedos las sílabas de un mismo renglón. Así el célebre *Nocturno* de José Asunción Silva:

*Una noche,
una noche/toda llena/de murmullos,/de per-
[fumes/y de mû/sicas de alas;...*

que tanto ha dado que hablar por la rara disposición de sus versos, no es otra cosa que una serie de períodos trisílabos de los cuales algunos son independientes y forman, por su parte, un verso de la estrofa.

Después de interesantes observaciones el autor deduce la división de los versos en *puros*: los constituidos por períodos prosódicos puros, es decir, que no tienen sílabas de agregado y en *compuestos*: los formados por períodos en los cuales existen dichas sílabas. Así son puros entre otros el endecasílabo acentuado en la cuarta y en la octava:

Ay que abando/no el de las tumbas!
(JAVIER SANTA MARÍA):

el decasílabo de acento en la tercera, sexta y novena:

*Una blanca palo/ma se posa
en el alto ciprés/centenario*
(ANTONIO MACHADO)

el endecasílabo italiano y el dactílico como en los siguientes:

*Tan triste es la canción-que se diría
que llora tu silen-cio gota a gota.*
(FRANCISCO VILLAESPESA)

*Toda a su arbi/trio la verdé floresta
antes que el di/a su párpado entorne
pan sobera/no, en la paz de la puesta
alza miran/do su frente bicorne.*
(EDUARDO MARQUINA)

De los compuestos se puede citar el decasílabo de acento en la cuarta y en la novena:

Mano piadosa/guardó el joyero
(MARTÍNEZ ALOMÍA)

los alejandrinos como este de Evaristo Carriego:

a la sandez de Sancho-se le llama ironía

el decasílabo anapéstico como el que Rufino Blanco Fombona intercaló en su precioso *Mediodía campestre*:

Al pasar a mi vera/da un tumbo

y, junto con otros más, el dodecasílabo en algunas de sus composiciones rítmicas:

que cuentan cosas/de los incaicos tiempos
(CHOCANO)

Aguilas e flores/en la grand empresa.
(MARQUÉS DE SANTILLANA)

La insistente modorra/nubla los ojos.
(SALVADOR RUEDA)

Después de haber explicado la naturaleza de los períodos prosódicos que forman la base de su concepto original acerca de las leyes de la versificación castellana, entra Jaimes Freyre de lleno en la composición de los versos dedicándole los capítulos cuarto, quinto, sexto y séptimo de su interesante libro.

Todo verso castellano está formado o por un solo período prosódico o por varios iguales, análogos o diferentes. Los constituidos por un solo período prosódico necesariamente no tienen ritmo siendo, como es el ritmo, el efecto inmediato de la colocación de los acentos esenciales y en consecuencia del arreglo íntimo de varios períodos prosódicos. De estos versos, que abundan en nuestra lírica el autor observa que, al combinarlos, debe hacerse que los acentos intermedios caigan en sílaba par si el dominante está sobre una par o que se ejerzan sobre una sílaba impar cuando el acento esencial pertenece a una impar, en esa forma el verso resulta melodioso. Así este de período heptasílabo:

Quien su elegancia donigra
(SALVADOR RUEDA)

con acentos intermedios en la primera y cuarta sílabas no es tan melodioso como este otro del mismo Rueda que lleva esos acentos en la primera y en la tercera:

Yo alza un trono a su prosapia

Lo mismo puede decirse de este de período exasílabo:

En alas de la brisa

en el cual, su autor José Asunción Silva, pone el acento secundario en la segunda sílaba; seguramente posee mayor melodía que este del mismo autor:

escuchar de la abuela,

el cual lleva dicho acento en la tercera.

Otra observación importantísima es la que hace Jaimes Freyre acerca de la necesidad de que nunca vaya la sílaba que lleva el acento predominante precedida de otra acentuada también; la reunión de esos dos acentos destruye en gran parte el encanto musical del verso. Por ejemplo:

así mi alma también corre

verso de período heptasílabo suena mal debido al acento de *también* que cae precisamente en la sexta sílaba. Ese verso no tiene el ritmo que posee este otro sacado de la misma poesía *Balada íntima* de Roberto Brenes Me-sén:

Corre el tren por entre el bosque

en cual no se verifica el fenómeno indicado.

Entra después el poeta en la determinación de varios principios con respecto a las palabras que pierden su acento en la frase como las preposiciones, los artículos, varios pronombres, las conjunciones de una sola sílaba, en fin, todos los vocablos que no poseen un sentido propio.

Los acentos rítmicos no deben caer nunca sobre dichas palabras, tampoco es posible aceptarlos en aquellos vocablos en los que la intensidad del acento

se debilita al colocarlos en las frases. El verdadero acento del período prosódico debe recaer sobre una de esas palabras en las cuales la intensidad del acento se aumenta o se disminuye según la importancia y la colocación de dicho vocablo en la frase lírica.

Un verso que en ese concepto no puede aceptarse es el siguiente, pues coloca el acento del período pentasílabo en una de esas palabras que precisamente pierden toda intensidad en la frase:

*Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores*

que, junto con este,

*y las amables sutilezas de
una creencia antigua en cosas inmortales*

cita Unamuno en su prólogo a las *Poetas Escogidas* de Manuel Machado. El rector salmantino los critica acerbamente llegando a decir que denuncian que se hacen los versos a dedo y no a oído. Y tiene sobrada razón. Ese mismo error se puede ver en *Eco y yo* de Rubén Darío:

*mas no se portó tan bien
en
esquivarme los risueños
sueños*

y en *Hondas* del mismo bardo:

*cazaba águilas al vuelo,
lobos y
en la guerra iba a la guerra
contra mil*

*No tornó mi piedra al mundo.
Pero sin
vacilar vino a mi el ave
querubín*

Para obtener versos melodiosos se pueden combinar dos períodos iguales, puros o compuestos siempre que esos períodos no sean monosílabos puros: estos producen un choque terrible al repetirse unos tras otros como sucede en el endecasílabo que imaginó Jaimes Freyre:

ya voy, sol, tras tu luz; sol, voy tras ti.

De períodos monosílabos compues-

tos, es decir, con sílabas de agregado están hechos los versos de Silva:

*Piden/queso
Piden/pan*

que tienen un ritmo trocaico.

Los períodos bislabos puros producen, como es natural, un ritmo yámbico:

te dí/mi amor

por el contrario poseen un ritmo anfibráquico los versos formados por dos períodos bislabos compuestos, lo observamos así en el siguiente, entresacado del *Retrato mignon* de Pérez y Curis:

tus crenchas/rizadas

y en estos de Manuel Machado

*llorando./llorando...
la anduve/buscando.*

Los versos formados por dos períodos trislabos puros producen evidentemente un ritmo anapéstico que es el que escuchamos en los versos de Chocano:

*Como es hem/bra la vida
ama al fuer/le varón
y se rin/de a su brazo
porque go/za en rendir/se al vigor.*

Si fuesen compuestos saldríamos ya de las combinaciones de Bello no pudiendo darle nombre al ritmo que resulta:

*artes nimias/y pueriles
.....
es para almas/femeniles*

(CHOCANO)

Las combinaciones de períodos tetrasílabos puros dan uno de los versos más graciosos que se conocen en nuestra lengua:

*pasan las lí/ricas abejas
dando sus no/tas musicales
cual si exhala/ran dulces quejas
cantando al son/de sus panales*

(SALVADOR RUEDA)

También forman versos delicados las uniones de períodos prosódicos de cuatro sílabas compuestos:

luce su talle/de leutacibn

(GUTIÉRREZ NÁJERA)

*Toda la nieve,—toda la nieve,—de un polo
[eterno*

(MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA)

Lo mismo puede decirse del enlace de dos períodos pentasílabos puros;

De su castidad/grave y pensativa

(LUGONES)

Pero, sin duda alguna, y esto lo afirma también el autor, resulta muchísimo más cadenciosa la reunión de dos períodos pentasílabos cuando son compuestos, véase por ejemplo en la poesía *Senderos de nieve* de Brenes Mesén:

*Cubiertos de nieve/se ven los senderos
cruzar por el bosque/de pinos morenos.
Parecen regados/de rayos de luna,
tan blancos, tan puros,/sin huella ninguna,
Corriendo por ellos,/no sienten mis pasos
la selva de pinos/calzada de blanco.*

En cuanto a los períodos exasílabos puros, producen una forma muy conocida; se encuentra generalmente en los versos de trece sílabas como en los de Francisco Contreras por ejemplo:

*Este el bosque ¡oh, mujer!—que en tu lecho
[de nardos...*

que no es sino un alejandrino francés. Los alejandrinos comunes resultan uniendo dos períodos prosódicos exasílabos compuestos:

Como selva que brota—de los humanos lodos,

(CHOCANO)

Al llegar a la reunión de dos heptasílabos puros nos dice Jaimes Freyre que no ha sido ensayada por ningún poeta hasta hoy. Por qué? Será que resulta inarmónica? No lo creo, pues en una poesía de un bardo amigo encuentro el siguiente verso que no es sino el enlace de dos períodos heptasílabos puros y que conserva toda la armonía y toda la melodía necesarias:

en la barca de la paz,—por el río del reposo.

y que sería más perfecto si no tuviese

los dos primeros acentos sobre una misma vocal:

en la barca de la luz—por el río del reposo

Lo dicho acerca de la duplicación de un mismo período prosódico, duplicación que produce necesariamente un verso saturado de melodía se puede repetir con respecto al enlace de tres, cuatro, cinco, etc., períodos iguales,

puros o compuestos; únicamente es preciso advertir que, en este último caso, no se debe abusar puesto que dicha repetición engendra monotonía debido, sin duda alguna, al alejamiento obligatorio de la rima y a la disminución de las pausas métricas.

(Continuará)

José Fabio Garnier

San José, Costa Rica, 1914.

MUJERES BELGAS REPARTIENDO NUECES

MOMENTOS ANTES DE UN BOMBARDEO



Las mujeres que representa este grabado, son valientes hembras que a pesar del grave riesgo personal a que se exponían, iban repartiendo nueces y alentando con sus dulces sonrisas a los soldados belgas que descansaban en las trincheras, en las cercanías de Antwerp, entre Duffel y Liérre. El 2 de octubre bombardeaban ambos lugares los alemanes, matando en este último a diez campesinos e hiriendo a veinte.

Literatura guatemalteca (1)

En el crepúsculo

A don Fernando Cruz

Fatigado peregrino con la planta dolorida,
de la meta ya no lejos en la senda de la vida,
por un solo, breve instante, me detengo a descansar...
Con esfuerzo dolorido subí la áspera colina,
y contemplo el ancho valle ya lejano, que ilumina
vagamente la indecisa, triste luz crepuscular.

Yo contemplo, con intensa, melancólica mirada,
las etapas recorridas en esa árida jornada,
que con ánimo sereno ya muy pronto rendiré;
yo contemplo desde lejos, conturbado, conmovido,
los lugares do he gozado, los parajes do he sufrido,
y do mi alma por pedazos, loco o cándido, sembré.

Son tan caros los recuerdos de las épocas lejanas!
En las tardes nos parecen tan hermosas las mañanas!
Encontramos tan dichoso todo tiempo que pasó!...
Y tan dulces los aromas de las rosas marchitadas,
y los ecos inextintos de las voces ya calladas,
y los cantos melodiosos de la alondra que voló!

Allí quedan los parajes luminosos y risueños
do pasé, la joven frente coronada por los sueños,
en los ojos la esperanza y en los labios la canción;
sobre mí todos los astros, a mis pies todas las flores,
y cantando, como un coro de celestes ruiseñores,
las divinas ilusiones en mi núbil corazón;

Y la senda que subía bajo el sol de la mañana,
derramando las fanfarrias victoriosas de la diana,
cuando todo a mis anhelos parecía sonreír;
y con paso vigoroso proseguía mi camino,
fe teniendo en la justicia del estúpido Destino,
y marchando a la conquista del obscuro porvenir...

Ah, cuán triste es ver de lejos los lugares encantados
que otros cruzan amorosos, y sintiéndose embriagados
por la savia de la vida que les llena el corazón!
A toda hora se levanta misteriosa melodía
de sus almas juveniles, donde brota día a día
la flor dulce, delicioso don del cielo, la ilusión.

(1) Estas bellísimas composiciones fueron tomadas de la colección que tiene el Lic. don Carlo Lara, Ministro de Costa Rica en Guatemala.

Son para ellos de las aves las ocultas cantilenas,
 los perfumes de las suaves, amorosas ciclamenas,
 la poesía de las noches y del día el esplendor;
 son para ellos las canciones de las fuentes rumorosas,
 los conciertos de las auras en las selvas silenciosas,
 y las voces infinitas que doquier dicen: Amor!

Revivir, ah, quién me diera la bella época pasada!...
 Quién volver atrás pudiese, comenzando la jornada!...
 Pero no... que su indeleble sello en mí puso el dolor:
 en mi pecho llevo siempre la incurable, cruel herida,
 y al vaciar entre mis labios la áurea copa de la vida,
 se tornó en amargo acibar el dulcísimo licor.

Son efímeras las dichas, los pesares son eternos;
 vuelan, ay! las primaveras, lentos pasan los inviernos;
 son cual gotas las venturas y el dolor es como el mar...
 La ilusión es un fantasma: lo que el hombre vida nombra
 tan sólo es el triste sueño fatigoso de una sombra...
 Y me siento ya sin fuerzas y mi anhelo es descansar.

Ya el sol de oro se ha ocultado tras las cimas de los montes...
 Ya se pierden los lejanos y profundos horizontes
 en las brumas de la noche que va pronto a comenzar...
 Pues cercana está la meta,—fatigado peregrino,
 apresura el lento paso, llega al fin de tu camino,
 y hallarás el dulce sueño que no tiene despertar.

Domingo Estrada

París, mayo de 1901.

En la alborada

A Domingo Estrada

algunos días después de su muerte

Ya las sombras te envolvieron fatigado peregrino;
 y tus pies, que desangraban los abrojos del camino,
 de lo incógnito llegaron al oscuro liminar:
 ya rendiste la jornada, y al reposo te convida
 con su calma y su misterio, esa tierra prometida
 do se duerme el dulce sueño que no tiene despertar.

Si tus días eran tristes y tus noches congojosas,
 si en tus manos abrasadas, deshojándose las rosas
 te dejaban sólo espigas de las flores del amor;
 si fué débil la coraza, o mortal la flecha aguda,
 y mordían tu cerebro las tenazas de la duda,
 y tus miembros quebrantaba en sus yunques el dolor;

Si tus áureas ilusiones, oropéndolas divinas,
temerosas emigraron como infieles golondrinas
que al anuncio del otoño se estremecen y se van;
si el lucero del pasado se extinguió pálido y frío;
y era lóbrego el presente, y el mañana era sombrío,
bienvenido aquel instante que dió término a tu afán!

Substraer de los embates del dolor a la materia,
no sentir del pensamiento palpar la inquieta arteria,
no llevar dentro del alma ni zozobras ni ansiedad;
sacudir el férreo yugo de la adversa, injusta suerte,
y ampararse bajo el ala silenciosa de la muerte,
es descanso y recompensa, redención y libertad!

Cuántas veces maldiciendo al estúpido Destino,
olvidabas que del cielo quien robó el fuego divino,
y encendió con él en su alma la potente inspiración,
en suplicio atroz expía el sacrilego atentado,
de las duras realidades a la roca condenado,
y el pesar, buitres insaciable, le devoró el corazón!

Olividabas que no hay triunfo sin peligro y sin combate,
que reclama la fortuna, del ingenio amplio rescate,
y es muy caro privilegio sentir más y pensar más;
que el incienso no perfuma la ancha nave del santuario
sin quemarse entre la llama del carbón del incensario,
y la antorcha se consume alumbrando a los demás.

Y entre tanto que sus fibras se retuercen y comprimen,
el poeta da sus versos, cual las uvas que se exprimen
vierten sangre que se torna en el néctar celestial;
o del trópico ardoroso las esbeltas, rubias cañas,
en los bárbaros cilindros que les rompen las entrañas,
van dejando de su jugo el dulcísimo raudal.

Si hay rigores del Destino, hay caricias de la gloria:
es efímera la vida, perdurable la memoria;
el artista humo liviano, bronce eterno su creación;
larga y ruda la faena, más espléndido el salario;
y es forzoso haber sufrido la agonía del calvario,
para alzarse entre los rayos de inmortal resurrección!

El sol de oro ya renace tras la cumbre de los montes,
ya colora con sus tintas los lejanos horizontes
que esfumándose en la bruma contemplabas, triste, ayer;
y con vívidos fulgores y cambiantes ilumina
el espacio que cruzaste, la cañada, la colina,
el desierto en que sufriste, y el oasis del placer!

Y ese sol no tiene ocaso! Respondiendo a tus cantares,
van los patrios ruiseñores a poblar nuestros pinares
con las notas que modulan sus gargantas de cristal;
y en aquel jardín risueño, de verdor alegre nido
entre mares y volcanes por las hadas suspendido,
adornado de laureles surgirá tu pedestal!

Fernando Cruz

QUE DECIDE LA RETIRADA DE LOS ALEMANES



Morrains, después que las granadas francesas redujeron a cenizas la aldea.

La falda de seda

Obrero:

El que estas líneas escribe, para dedicárselas, dejó, hace poco tiempo, la compañía del pico y de la pala. Los callos han desaparecido de sus manos, pero los recuerdos, están frescos en el alma.

Yo sé de los días sin pan y de las noches sin abrigo. Pero no conozco sino esos dolores. Hay otros más hondos. Si usted quiere leer esta pequeña narración, comprenderá de qué dolores hablo.

Y mientras ella,—la modesta esposa—servía la sopa, él, con sus rudas manos buenas,—manos de obrero activo—acariciaba la rubia cabellera de su hijita.

Había en la mirada de aquel padre esa indefinible serenidad que sólo proviene de la paz interior. Sonreía. Y su mano tosca seguía pasando, temblorosamente, sobre los cabellos rubios.

Todos estaban silenciosos.

En el centro de la mesa, una vieja lámpara derramaba su luz pálida, dejando en grata penumbra los muros del sencillo comedor. Contra una de las paredes, el viejo reloj,—aquel que habían comprado poco después del matrimonio—y en un rincón la mesita esquinera, con su maceta llena de helechos.

De vez en cuando, el ruido de los tranvías que pasaban, o las voces de los chicos en la calle, arrojaba en la pieza silenciosa, como un soplo de la vasta vitalidad de esa gran Buenos Aires.

La cena llegaba a su término.

—¿No quieres otro poquito?—dijo ella, sonriendo al extender el brazo, en afectuosa invitación para que pasara el plato.

—No, ya he comido bastante. ¡Pero fíjate que apetito tiene Guillermo! Parece mentira que un «pibe» de seis años, coma de ese modo.

—Casi tanto como Luisa.

—¿Qué gracia! Ella tiene trece años y con todo ese trabajo que le dan en la escuela y con todo lo que te ayuda aquí, en la casa, ya tiene por qué tener apetito; ¿no es verdad, hijita?

—Yo no como mucho, papá. Si vie-

ras la chica de Fernández... ¡cómo come!

—No está bien eso de fijarse en tales cosas, Luisa. Piensa en ser buena y cariñosa con tus amigas. Recuerda que el mes entrante, cumples catorce años... y ya tendrás que ser una niña seria y bien educada.

—Este, se está cayendo de sueño;—dijo la madre—y tomando de la mano al niño, se dirigió con él al dormitorio.

—El día de tu cumpleaños, te llevaré a los jardines de Palermo y al zoológico, a ver las fieras. Por la noche, iremos todos al biógrafo.

—Papá; yo quería pedirte otra cosa...

—Vamos, pues, dime.

—Ayer, cuando venía de la escuela, vi—en una vidriera de la tienda que hay en la esquina de la calle Entre Ríos—casi frente a lo de González...

—Bueno hija, pero, ¿qué viste?

—Un maniquí, — una rubia muy linda—con una falda de seda... como para mí...

La niña se interrumpió, al ver en la frente del padre, una sombra de contrariedad.

—Es una falda color azul, con unos...

—No; no me pidas eso. La pobreza envuelta en seda, me da más compasión que los harapos, porque es hipócrita. Recuerda que yo soy un obrero; que gano lo suficiente para vivir con decencia, pero nada más. Tu falda de seda, estará en desacuerdo con mi blusa de obrero. ¿Es que deseas que se fijen en ti?... Está bien; procura que se te conozca como buena hija; como

hermana cariñosa; como excelente niña de su casa. ¿Es que, desde ya, piensas en casarte y en tener lo que llaman «un buen partido»?... Para la buena hija del obrero, no faltará un buen muchacho, trabajador y sencillo, que se enorgullezca de poder formar un hogar, con su trabajo. ¿O es que pretendes uno de esos jóvenes lindos, bien vestidos; que bailan bien, que hablan mejor y que llevan anillos de diamantes?... Hija; hijita mía; por lo mucho que te quiero, debo decirte que los callos honran las manos de los hombres, en la misma forma en que los diamantes adornan las manos de las damas. Píde lo que quieras, pero esa falda de seda...

—Ya lo sabíamos;—interrumpió la voz de la madre, que regresaba en ese momento,—para la pobre muchacha ni un mal trapo; eso sí, para comprar los diarios y para otras tonterías de esa clase, nunca te falta dinero.

—Pero, mujer...

—Sí, los «peros» de siempre. Que hay que ahorrar; que hay que dar la contribución para esa tal caja de préstamos para obreros... Y aquí, yo trabajando como un negro y la pobre chica, con unos botines que dan lástima. Así ¿quién se va a fijar en ella?

—Alguno que aprecie más las buenas cualidades que los zapatos de charol.

—Sí, sí. Palabritas lindas. Las mismas cosas que les cuentan esos socialistas. Y todo, por no soltar unos pocos pesos, para vestir a la pobre criatura.

—¿Cuánto vale esa falda?—dijo él, con una suavidad que disfrazaba escasamente su amargura.

—Veintidós cincuenta—repuso dulcemente la niña, rodeando con su brazo blanco la cabeza altiva y tosca del obrero.

—Aquí tienes, hija... Deja, no vale la pena de que me beses tanto; deja, quiero salir por un rato, a tomar el aire fresco... ¡hasta luego!

—Ya hace cinco años de eso, mujer. Lo recuerdo como si hubiera sido ahora. Fué muy poco antes de que Luisa cumpliera los catorce.

—Yo también lo recuerdo; como que desde ese día, no has dejado de protestar contra la pobre chica. ¿Que compró unos botines de taco alto? Malo; sermón por una hora; el lujo; los obreros, ¡Jesús!... ¡qué sé yo! ¿Que le traje yo unos guantes blancos? Críticas y enojos; ¡Ave María! Y porque esta noche vamos a la reunión que hay en lo de López, te has puesto como si fuéramos a cometer un crimen.

—Llévala, llévala; ya estoy cansado de todo esto. No quiero discutirlos más. A ustedes dos, se les ha ocurrido que el mocito ese,—el niño mimado del barrio—anda enamorado de la muchacha. Un vaguito como tantos. Y a mí me parece que el «señorito» ese...

—¡Por favor! ¿Quieres dejar de decir esas cosas? ¡Ya estoy cansada, pero cansada, de tus socialismos!

—Está bien, está bien... Guillermo... ¡Guillermo!

—¿Qué querías, papá?

—Trae el libro y el cuaderno. Vamos a ver ese problema. Quitá ese florero y acerquémonos a la mesa.

—¡Ay!... ¡Pero qué bien te sienta el sombrero! ¡Y qué lindo juego hace con la blusa moaré!

—¿Te parece, mamá?

—¡Ya lo creo! Arréglate un poco ese cuello; así, eso es... ¡Pero, hombre de Dios! ¿No le dices una palabra a Luisa? Mira cómo le queda el sombrero nuevo.

—Sí, muy lindo. A ver Guille, ¿en qué página está el problema?

—Página veintiséis; el número once.

—¿Nos vamos, mamá?

—Sí; ya deben haber llegado las de Rodríguez. ¿Te fijaste qué bien anda Josefina con Alfredo?

—¡Cómo no! Ella, está loca por él. La verdad, es que es un lindo muchacho. ¿No viste qué buen traje llevaba ayer?

—El maestro dijo que lo resolvieron por reducción a la unidad.

—Bueno; lo vas a leer despacio, para entenderlo mejor... ¡Buenas noches! ¡que les vaya bien!

El ruido de los pasos va decreciendo lentamente a lo largo del corredor

La puerta ha vuelto a cerrarse. La vieja lámpara derrama su luz suave y familiar.

Y en la paz del modesto comedor obrero, revolotea, —blanda y despaciosamente— la voz del niño: «Si quince obreros, trabajando diez horas diarias, hacen un trabajo, en doce días, ¿cuántos obreros...?»

—Las nueve y media, y no vuelve; ¿qué le pasará a ese muchacho?— ha dicho, intranquilamente, la madre.

—No sé.

Y de nuevo reina el penoso silencio. El lento tic-tac del reloj, parece adquirir una rara intensidad. Iluminada por la luz de la lámpara, la cabeza gris del obrero, proyecta su inmóvil silueta oscura, contra el muro blanco. La esposa, está muy pálida. Sus manos vacilan y—para continuar la costura—ha tenido que acercarse mucho a la lámpara. Hay muchas arrugas en su frente. Sus ojos, distraidamente posados en la acostumbrada labor, se dirigen, de vez en cuando, hacia la puerta que comunica con el cuartito del fondo, como en espera de una vaga, de una dulce, de una imposible aparición.

El padre sigue inmóvil. Observa tan intensamente la mesita esquinera, que parece como si no la hubiera visto nunca.

Ella suspira y continúa cosiendo. Mira a su esposo y dice—entre insinuante y tímida:—Muy buenas clasificaciones ha traído Guillermito este mes, ¿verdad?

—Sí.

—Me dijo que el maestro lo había felicitado por una composición.

—Está bueno.

—Lo que no le gusta, para nada, es eso de los ríos, y los montes, y las provincias...

—No.

Vuelve a reinar el incómodo silencio.

Dejando la costura sobre la mesa, exclama la esposa:—¡Cómo tarda! Si ha tomado el tranvía en la calle Maipú, estará aquí dentro de un momento, ¿no te parece?

—Puede ser.

—¡Ah!... ¡Ahí está!... Ya abrió la puerta, aquí viene; ¿no es?

—Sí.

—¿Por qué has tardado tanto?—interrogó la madre.

—¡Papá!... ¿sabes?...

La agitación no lo ha dejado continuar. Estaba muy pálido y en sus ojos había una extraña luz.

—¿Qué hay?

—¡No está muerta!... ¡No se había ido al campo enferma, como me dijiste hace un mes... ¡no está muerta!

—¡Calla—gritó el padre, poniéndose en pie, violentamente.

—Pero... papá... ¡si no está muerta! Yo la ví al cruzar la Avenida; iba con un joven, y me miró como asustada; le oí decir...

—¡Calla! Y dando un furioso puñetazo en la mesa, se dirigió a la puerta y tomando una silla que halló en su camino, la levantó nerviosamente y la arrojó lejos de sí.

La madre lloraba. Al verla el niño, se acercó,—temeroso y asombrado—y abandonando su inocente cabecita a la trémula caricia de los brazos maternales, balbuceó:

—¿Qué le pasa a papá?...

—Lo has hecho poner triste. Lo has hecho recordar. Ha sido una equivocación tuya... Tu hermana está muerta... ¡Muerta!...

Héctor Naraujo

EGOÍSMO? NOVELA COSTARRICENSE
POR CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

→↔ DE VENTA EN LA LIBRERÍA ALSINA ↔←



CREMATÓRIO IMPROVISADO

Los alemanes quemando los muertos antes de su evacuación de Esternay, lugar vecino de Sézanne, a nueve millas más o menos de París.

Los cuerpos fueron recogidos y llevados cerca de los aserraderos de las afueras de Esternay, en donde colocados sobre grandes trozos de madera, fueron saturados de petróleo y quemados.

BATALLA ENTRE EL MARNE Y EL AISNE



La infantería francesa arrojando a los alemanes de sus trincheras cerca de

ATAQUE A UN MONOPLANO BRITANICO



Como este aeroplano, otros cruzan diariamente a través del valle de Aisne y sobre las líneas alemanas, con el fin de descubrir dónde hay cañones de sitio "Jack Johnson" o "Black Maria", cañones prestados por Austria a Alemania y que han ejercido poderosa influencia en varias plazas del oeste del teatro de la guerra. Dos de ellos fueron enviados contra Antwerp.

Los cañones alemanes que disparan contra los aeroplanos, arrojan, como se ve en este grabado, de ocho a diez bombas a un tiempo, que al estallar dejan un humo denso blanco que tarda mucho en desaparecer, permitiendo de ese modo a los artilleros regular la puntería.

A orillas del Yalú

La acción pasa a orillas del río Yalú. La noche es serena y estrellada. Hacia el este, se distinguen las siluetas sombrías de las montañas coreanas. Abajo, en el precipicio, el torrente ruga saltando entre los arbustos. Hay mucho frío.

Dos centinelas rusos, con los pies en la nieve y los fusiles helados entre las manos, están de guardia.

Mikel.—No se oye nada.

Sacki.—Nada, excepto el agua.

M.—Nada se mueve.

S.—Nada, excepto el agua.

M.—¿Qué hora es?

S.—No lo sé. Esperemos que pronto nos relevarán. Volveremos al campamento, tomaremos té y dormiremos. Estoy cansado.

M.—(Después de una pausa). ¿Vienes de lejos, hermano?

S.—No lo sé. Viajé 34 días en un ferrocarril. Tuvimos que caminar a pie sobre un lago helado. Soy de Petrovski, aldea del Gobierno de Rasan.

M.—Yo soy de Perm.

S.—En la aldea de Petrovski, del Gobierno de Rasan, hay una muchacha llamada Natasha. Su cabellera está dividida en dos trenzas, hermano. Un sacerdote nos casó hace poco.

M.—Y yo... yo tengo una madre, anciana. He servido dos años en el regimiento de Siberia. Para Navidad mi madre me mandó un rublo envuelto en una cubierta. Entonces tuvimos vodka para beber. Deseo ver a mi anciana madre otra vez.

S.—La verás otra vez, hermano.

M.—¿En dónde estamos?

S.—No lo sé.

M.—¿Qué montañas son esas que allí se ven?

S.—No lo sé. Sólo son montañas.

M.—¿Por qué estamos aquí?

S.—No lo sé. Sin duda por la guerra, hermano. Eso dicen los oficiales.

M.—Verdad que eso dicen. ¿Pero contra quién es la guerra?

S.—No lo sé. Contra los extranjeros.

M.—Pero ¿no estamos en el extranjero, ya que estamos tan lejos de nuestras casas?

S.—(Con tristeza). Tan lejos... Yo quisiera ver a Natasha otra vez.

M.—Pero ¿por quién vamos a pelear, hermano?

S.—(Después de reflexionar). Debe ser por Dios. Por la fe ortodoxa.

M.—¿Cómo puede ser por Dios? Siendo Todopoderoso no necesita de nosotros para defenderse.

S.—Sí: dices bien. No puede ser por Dios.

M.—Entonces ¿por quién podrá ser.

S.—Debe ser por la sagrada Rusia.

M.—Pero si Rusia es sagrada, Dios la defenderá. La sagrada Rusia no necesita de nosotros, pobres pecadores.

S.—(Después de reflexionar de nuevo). Ya sé por quién, hermano. Es por el Czar.

M.—¿Por el Czar? El es tan poderoso...

S.—Sí, sin duda; el Czar es poderoso. Pero es poderoso por nosotros.

Hay miles y cientos de miles como nosotros con uniformes y fusiles... por eso el Czar es poderoso.

M.—Ah! sí. Ya entiendo, debe ser por el Czar. (Una bala japonesa llega silbando del otro lado del río. Mickel cae con un agujero en el pecho).

S.—Hermano! Hermanito!

M.—(Haciendo esfuerzos para levantarse). Me alegro... el Czar... es poderoso. (Muere).

S.—(Llorando). Su anciana madre, su anciana madre... (Una bala de Mandchuria, llegando de la ribera derecha del río, le da en la cabeza. Caer). Desearía mucho... (Procurando levantarse) volver a ver a Natasha. (Muere).

Una mancha roja se abre sobre la nieve. En el horizonte se alzan las misteriosas montañas de Corea. El río Yalú truena en el abismo. La luna osoma entre dos cerros.

EL CENTRO DE OPERACIONES INGLES EN EL AISNE



Uno de los puentes del Aisne, en Soissons, destruido por los alemanes y reparado por los ingenieros ingleses.



Abadía de San Juan de las Viñas, en Soissons. Una granada alemana voló la punta de una de sus bellas torres.



Otro puente sobre el Aisne, en Soissons, destruido por la artillería alemana.



Vista del mismo puente con un pasaje provisional construido por los franceses.

Rabindranath Tagore, poeta hindú

Conforme a los términos del testamento de Nobel, la Academia sueca debe otorgar el premio de literatura a la persona que en el año inmediatamente anterior haya escrito la obra idealista más distinguida.

En 1913, la concesión del premio correspondió exactamente al deseo del testador, pues el libro *Gitan-jali* (*Ofrendas poéticas*) es sin duda la obra más idealista que se haya publicado hace mucho tiempo.

Su autor, Rabindranath Tagore, es considerado como el profeta del nacionalismo hindú. En la India, desde Bombay hasta los confines de la Birmania y desde las fuentes del Ganges hasta Ceilán, es célebre entre todos sus compatriotas, sea cual fuere su casta. Pertenece a una de las más antiguas familias de Bengala; su abuelo, el Príncipe Dwarkanth Tagore, visitó a Europa y fué recibido por la Reina Victoria y su padre es el maharshi o señor de Tagore. Rabindranath nació en 1861 en Calcuta. A los diez y ocho años compuso las palabras y la música de un drama lírico, a que siguieron piezas de teatro, novelas y poemas. Vino a Londres a estudiar Derecho, pero se fastidió de esa carrera y pronto volvió a la India, donde se entregó por completo a su arte. Fundó en Nolepur cerca a Calcuta, una escuela a que asisten 200 alumnos; él mismo creó los métodos de enseñanza y bajo su dirección, maestros llamados por él, dirigen al aire libre a los discípulos.

La obra poética de Rabindrath Tagore sólo es conocida en Europa por traducciones inglesas hechas por él mismo, en prosa rimada, de expresión tan sencilla, escogida y precisa, que el sentido no se oscurece jamás y expresa admirablemente el acuerdo entre la idea y la emoción provocada por la contemplación meditativa del universo. Leídos esos poemas lenta-

mente y en voz alta, revelan toda su belleza y dejan ver que han sido compuestos por un músico, familiarizado, eso sí, con una música más sutil que la nuestra. En el original hindú, esos poemas no se leen, ni se recitan, sino que se cantan; el aire y las palabras van íntimamente ligados, hasta el punto de que ciertas modulaciones de esa música tienen un significado particular: unas se emplean para los cantos nocturnos, otras para los matinales y otras según las estaciones, de suerte que un hindú reconoce, desde los primeros compases, el ambiente y el objeto del poema.

Ningún poeta ha sabido expresar más poderosamente que Rabindranath Tagore, la intimidad del alma humana con la naturaleza, sin dejar de profesar una filosofía clara y vasta. Ese misticismo lírico es de una elevación incomparable: en él se encuentran acentos apasionados, semejantes al *Cántico de los cánticos*, y acentos de alegría y de esperanza análogos, si no superiores, a los de los *Salmos*. Los cantos de este poema indio están depurados de toda entonación de dolor o de pesar, de tristeza o de temor: son la luz pura de la vida espiritual, asociada a las armonías de la belleza perfecta.

A título de ejemplo, citaremos dos fragmentos de las *Ofrendas poéticas*:

LAS FLORES

Cogí tus flores, oh mundo! Las oprimí sobre mi corazón y las espinas me desgarraron. Cuando el día descendió y las tinieblas subieron, hallé marchitas las flores, pero el dolor quedaba.

Volverán para ti las flores, oh mundo! flores perfumadas y altivas, mas para mí el tiempo de cogerlas ya pasó, y en el curso de la noche negra, no tendré más rosas, pero el dolor quedará.

(¿No evoca este poemita el recuerdo de Bécquer?)

EL SILENCIO DE LA BELLEZA

En el tumulto impetuoso y ensordecedor de la vida, oh Belleza!, esculpida en piedra, permaneces muda, inmóvil, sola y distante.

El Tiempo enamorado permanece sentado a tus pies, y murmura:

«Háblame, amor mío; háblame, mi prometida!»

Pero tu lenguaje está encerrado en la piedra, oh inmutable Belleza!

(También este poema hace venir a la memoria un soneto de Baudelaire).

Sombra Divina

De Rabindranath Tagore

Luz! ¿Dónde está la luz? Abrásala con las llamas devorantes del deseo!

He aquí la lámpara extinguida.— Será ese tu destino, oh! mi corazón?... Entonces, la muerte sería preferible para ti.

La angustia llama a tus puertas y te anuncia que tu dueño te llama a la cita, al través de las tinieblas de la noche.

El cielo está anublado y la lluvia no cesa de caer. Y yo no sé lo que se agita dentro de mí, yo no sé lo que quiere decir esta inquietud.

El súbito relámpago hace mi visión más oscura, y mi corazón anda a tientas por el sendero hacia el cual me llama la música de la noche.

La luz! ¿Dónde está la luz? Abrásala con las llamas devoradoras del deseo. Truena y el viento se lanza ululando al través del espacio. La noche es negra como una piedra negra. Haz que las horas no discurren en las tinieblas, con tu vida abrasa la lámpara del amor.

Luz! Mi luz!... Luz que llena el orbel Luz que besa los ojos! Luz que dulcifica el corazón.

La luz danza en el centro de mi vida, amada mía. Los cielos se entreabren, los vientos se desencadenan. La alegría recorre la tierra.

Las mariposas despliegan sus alas

sobre un mar de luz. Los lirios y los jazmines abren sus corolas sobre las crestas de las ondas de luz.

La luz irradia en lluvia de oro sobre las nubes, amada mía, y se desparra en una profusión de gemas.

La alegría cunde de hoja en hoja, amada mía, y el alborozo unánime es infinito. El río del cielo se ha salido de cauce, y el júbilo se desborda por todo el universo.

Que todos los impulsos jubilosos se confundan en mi último cántico; la alegría que hace danzar por el mundo a sus hermanas gemelas, la vida y la muerte; la alegría que pasa en la tempestad sacudiendo todo lo que vive y obligándolo a reír; la alegría que se posa serena con sus lágrimas sobre el abierto loto rojo del dolor; y la alegría que arroja al polvo todo lo que tiene e ignora lo demás.

Sí, ya lo sé, amada mía, que esto no es más que tu amor, esta lumbre dorada que se estremece sobre los follajes, esas nubes que bogan indolentemente por el cielo, esta brisa fugaz que deposita su frescura sobre mi frente.

Mis ojos están inundados por la claridad del alba—y ese es tu mensaje a mi corazón, tu rostro se inclina hacia mí, tus miradas penetran en mis pupilas y mi corazón ha tocado tus pies.

SUSCRIBASE á "PANDEMÓNÍUM"

Es la mejor Revista ilustrada que se edita en Costa Rica.

La guerra del mundo

Estamos en guerra. Conflagración europea se ha dicho; pero no es así: es la guerra del mundo.

Tal es que, los de Europa y los de aquí, y los de todas partes, nos sentimos cerca, conmocionados a un tiempo, el espíritu en una común y penosísima ansiedad.

Sí, una guerra como nunca; en sí la más grande y, por sus alcances, guerra del mundo entero: sus efectos llegan a los rincones más apartados del globo; no hay mar tranquilo ni tierra en paz; cunde el pavor del exterminio y el de las codicias humanas voraces; en los campos arden las aldeas tranquilas y corre la sangre de los que labraban la tierra; en la ciudad se atrincheran los comerciantes y saquean a los fugitivos; sube el pan, suben los transportes, suben los medicamentos!...

En los pueblos que parece que están en paz, se hace una guerra sorda más inhumana todavía, y las naciones neutrales no son, ni más ni menos, que enormes arsenales que cooperan a la más incomprensible de las aberraciones humanas.

Se supone que, a partir de esta guerra, sufrirán gran modificación los

mapas de los estados; esto no sería nada: «Yo pienso en cuál será, a partir de esta guerra, la orientación moral humana».

En este siglo, el más luminoso, el más culto, han sobrepujado las contiendas humanas, sangrientas, horribles, como no hay ejemplo en las épocas de mayor obscuridad y barbarie.

Las ciencias, los adelantos, han servido para que se destrocen los pueblos unos a otros encarnizadamente, en unas horas, y para destruir la bendita obra de la paz... ¡Son arrasadas las más bellas ciudades, sus museos, sus monumentos, sus bibliotecas!...

Nos habíamos ya casi conformado con la idea de la paz armada... ¡bendita paz, fuese como fuese!... Temíamos las guerras, pero pensábamos que éstas no eran lo normal. Hoy, ya tristes, abatidos, pensamos que quizás la guerra va a ser la normalidad, y la paz una cosa pasajera, fugaz, como una ilusión...

Si, fatalmente, todo esto ha de ser así, ¿cuál es la orientación, la nueva ruta que han de seguir los hombres?

Vicente Medina

La nube y la fuente

Trémula de placer una fontana,
al beso halagador se sonreía
del sol de la mañana.
Mas de pronto, una sombra se interpuso
entre el amante y ella,
y con rumor confuso
así la fuente dice y se querella:
—¿Por qué de mi tesoro,
por qué del regafado sol de estío,
que en mí bañaba sus cabellos de oro
me privas importuna?

La nube respondió:—¿Del seno mío
no sabes tú que brota
el agua que destila gota a gota

ese peñasco azul sobre tu cuna?
¿No sabes tú que el sol que te embelesa
extinguiéndote va cuando te besa?
No llores, pues, ingrata,
porque el materno amor que te da vida
guardarte quiere del amor que mata.

Estremeció la selva oscurecida
sutil y suave viento;
suspiró su follaje movedizo,
y la nube, llenando el firmamento,
sobre la tierra en llanto se deshizo.

Juan Alcover



ANTE LA TUMBA DE ENRIQUETA ATMETLLA

En la blanca quietud del camposanto
 donde el ciprés inclina su tristeza,
 el ángel Desconsuelo vierte llanto
 sobre el níveo perfil de tu belleza.

La luz, con melancólica pereza
 desciende desde el cielo como un canto
 de silencio, a la tumba en que reposas,
 y por sólo aromarte, se hace rosas,

Una página de Maeterlinck sobre Roma

Traducción de Carlos Lara

De todos los lugares del mundo es Roma donde probablemente se ha acumulado durante veinte siglos mayor número de cosas bellas que subsisten todavía.

Nada es creación suya si se exceptúa un espíritu de grandeza y el ordenamiento de lo bello, pero los más grandiosos monumentos de la tierra se han fijado allí y se han prolongado con tal energía que han dejado huellas innumerables e imperecederas. Al no más pisar su suelo, se pisa la huella mutilada de la diosa que ya no se muestra a los hombres.

La Naturaleza la había situado admirablemente en el lugar más propicio para recoger,— como en la más noble copa que se haya abierto bajo el cielo,— las joyas de los pueblos que pasaban a su alrededor sobre las cimas de la historia. El sitio en que cayeron tantas maravillas era ya igual a esas mismas maravillas. Allí el azul es límpido y suntuoso. Las oscuras y profundas verduras del Norte se unen a los ligeros y claros follajes del Mediodía. Los árboles más puros, el ciprés que se levanta como una oración sombría y ardiente, el pino que parece el más grave y armonioso pensamiento de la selva, el verde y maciso roble que da a los pórticos tanta gracia, han adquirido por tradición secular, un orgullo, una conciencia y una solemnidad que ellos no encuentran en ninguna otra parte. Quien los ha visto y comprendido no los olvidará jamás y fácilmente los reconocería entre los árboles análogos de una tierra menos sagrada. Fueron ornamentos y testigos de cosas incomparables. Ellos no se separan de los dispersos acueductos, de los mausoleos descoronados, de los arcos rajados, de las columnas he-

roicamente rotas que decoran una campiña majestuosa y desolada. Han tomado el estilo de los mármoles eternos a los que rodean de respetuoso silencio. Como estos, saben ellos decirnos con dos o tres líneas netas y sin embargo misteriosas, todo lo que puede revelarnos la tristeza de una llanura que lleva sin doblegarse las ruinas de su gloria.

Esos árboles son y se sienten romanos.

Un círculo de montañas de nombres sonoros y agustamente familiares, de cimas cargadas de nieves que brillan tanto como los recuerdos que evocan, forma a la inmortal ciudad un horizonte preciso y grandioso que la separa del mundo sin aislarla de los cielos. Y en este recinto casi desierto, en el centro de los sitios inanimados donde las losas, los pórticos multiplicando el espacio y la ausencia, en todas las encrucijadas donde vela en el vacío alguna estatua herida, en los estanques, los capiteles, los tritones y las ninfas, una agua dócil y luminosa, obedeciendo todavía órdenes recibidas hace dos mil años, forma a la inmaculada soledad un adorno movable y siempre fresco de penachos de azur, de guirnaldas de rocío, de trofeos de cristal, de coronas de perlas. Se diría que el Tiempo, entre estos monumentos que creyeron desafiarle, no ha querido respetar sino las horas frágiles de lo que se evapora y se derrama.

Tan largo tiempo ha residido la belleza entre estos muros que van del Janículo al Esquileo, con tal persistencia ahí se ha acumulado, que el lugar mismo, el aire que en él se respira, el cielo que lo cubre, las curvas que lo perfilan, han adquirido un prodigioso poder de apropiación y de en-

337

noblecimiento. Roma, como una especie de hoguera espiritual, purifica todo lo que desde hace siglos han amontonado los errores, los caprichos, la extravagancia y la ignorancia de los hombres. Hasta hoy no ha sido posible desfigurarla. Se creería que ha sido imposible ejecutar o mantener allí una obra que rehusase despojarla de su fealdad o de su vulgaridad original. Todo lo que no está conforme con el estilo de las siete colinas desaparece y se elimina poco a poco bajo la acción del genio atento que ha colocado en los horizontes, en la roca y el mármol de las alturas los principios estéticos de la ciudad. La edad media por ejemplo, y el arte de los primitivos habitantes debieron ser ahí más activos que en ninguna otra parte, pues se encontraban en el corazón mismo del universo cristiano; sin embargo no han dejado sino trazas poco sensibles y subterráneas, lo que fué en verdad preciso para que la historia del mundo, de la cual ese era el hogar, no quedase incompleta. Lo contrario pasó con los artistas cuyo espíritu estaba naturalmente en armonía con el que preside a los destinos de la Ciudad Eterna; Jules Romain, los Carrache y algunos otros, pero sobre todo Rafael y Miguel Angel, manifiestan una amplitud, una certeza, una especie de instintiva satisfacción y de filial alegría que no encuentran en ningún otro lugar. Se ve que esos artistas no tenían que crear sino solamente escoger y fijar las formas que al afluir de todas partes, irreveladas pero imperiosas, no pedían más que nacer. Y ellos no se engañaron; no pintaban, en el propio sentido de la palabra, sino que descubrían simplemente las imágenes veladas que poblaban las salas y las arcadas de los palacios. La relación entre el arte de ellos y el medio que le da vida, es tan necesaria, que desterradas a los museos o a las iglesias de otras ciudades, sus obras no parecen traducir sino una concepción arbitraria, exageradamente fuerte y decorativa de la vida. Es por esto que las fotografías o las copias del plafond de la Capilla Sixtina desconciertan un

poco y tienen algo de inexplicable. Pero si el viajero entra al Vaticano después de haberse impregnado de la voluntad que emana de los mil vestigios de Roma, entonces considera como un esfuerzo magnífico pero natural, el enorme esfuerzo de Miguel Angel. La prodigiosa bóveda donde en grave y armoniosa orgía de fuerza y entusiasmo se enlaza y acumula un pueblo de gigantes, viene a ser como un arco del mismo cielo donde se han reflejado todas las escenas desenfundadas, todas las poderosas virtudes cuyos recuerdos se agitan todavía bajo las ruinas de este suelo apasionado.

No, si el viajero dócilmente se ha dejado sugestionar bajo todo lo que le rodea, se imagina que en estas habitaciones del Vaticano así como bajo la bóveda de la Sixtina, por diferentes que sean ambas impresiones, asiste a la dilatación tardía pero lógica y natural de un arte que habría podido ser el de Roma. Le parecerá que se encuentra aquí la fórmula que el genio demasiado positivo de los Quirites no había tenido la ocasión o la suerte de deducir. Pues Roma, a pesar de todos sus esfuerzos no había logrado dar de ella misma la imagen esencial que había prometido al Universo. En el fondo se embellecía con los despojos de la Grecia, y el mejor de sus méritos fué el de haber recogido y comprendido ávidamente la belleza del arte griego. Cuando intentó agregar algo lo deformó sin apropiarse la expresión de ese arte a su vida personal. Sus pinturas y esculturas no respondían sino a una especie, como si dijéramos, de decires o rumores a las realidades de su propia existencia, y su arquitectura debía a sus colosales proporciones la parte más segura de una originalidad incierta. Se llega a considerar que el armonioso pintor Urbino y el viejo Buonarroti, a través de todas las catástrofes, a través de todas las muertes aparentes y los largos silencios de Roma, han recogido una tradición latente e interrumpida que no había cesado de evolucionar subterráneamente, para coronar su obra y decir por fin al mundo lo que no ha-

bía podido decirle el Imperio. Tales artistas son más propiamente romanos y parece que son admirables exponentes del deseo inconsciente y secreto de esta tierra latina que no lo fué la Roma de los Césares.

Esta Roma había impreso su imagen. Permaneció artificialmente helénica y la Grecia no podía ofrecer a un pueblo más vasto y muy distinto las formas necesarias para su conciencia ornamental. Ella no podía ser más que un seguro y magnífico punto de partida, pero sus estatuas y sus pinturas, delicadas, precisas, medidas, casi tenues, no tenían una plaza apropiada en este Forum recargado de aplastantes monumentos, entre estas termas monstruosas, esos circos vio-

lentos y bajo las enormes y suntuosas arcadas de esas basílicas superpuestas. Nos preguntamos entonces si los frescos de Miguel Angel no habrán respondido después de mil años de espera, al llamamiento de esas arcadas vacías y si no será el caso de creer que dichos frescos son la consecuencia casi orgánica de esas columnas y de esos mármoles imperiales. Así mismo se considera que el plafond, las pechinas y EL INCENDIO DEL BORGIO, ilustrarían,—mucho más que las esculturas de Fidias y de Praxiteles y mucho más también que las excelentes pinturas de Pompeya o de Herculano,—las Metamorfosis de Ovidio, los poemas de Horacio y la Eneida de Virgilio.

La tarde se adormece en los rosales

La tarde se adormece en los rosales;
en la tímida luz, vuelan ensueños;
ven, mi amada, y unidos cual entonces,
repitamos el dulce *ritornello*
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.

Yo sé de tu caricias la tristeza,
yo sé de tus pupilas el misterio;
yo he leído en el rictus de tus labios
el profundo gemir de los silencios
y en la inmensa obsidiana de tus ojos,
los gritos de la carne y del deseo.

Tras la sombra gentil de tus ojeras,
se oculta la canción de los recuerdos;
ella deja escuchar el murmurio
cuando a solas te aduermes en tu lecho.
¿No te ha dicho ella, acaso, que yo sufro
des que no puedo repetir sus versos?

En ese cuerpo de impoluta virgen,
hay tesoros de místicos anhelos
que viertes por doquier cuando me miras

y que hasta Dios ascienden con tu rezo:
de tu virginidad en la crisálida,
una lucha crúel rompe tus nervios.

¿El sucumbo ha ser tu desventura?
No debes sucumbir; yo no lo quiero;
mas yo sé que anhelas enseñarme
lo que hasta hoy ha sido tu secreto,
y que aprenda hieráticas palabras
que sólo sabe tu desnudo cuerpo.

Nada te resta de tu lucha ¡nada!
rendida al fin, postergarás el tedio.
Si te hirieron los hijos de los hombres
¿por qué has de respetar los que te hirieron?
Si tu Dios y mi Dios no nos bendice
¿no sabrá perdonar, siendo él tan bueno?

Ven, mi amada, y unidos cual entonces,
repitamos el dulce *ritornello*
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.
Olvida tu tristeza... ¡oh, tristeza!
¡oh, negro abismo de tus ojos negros!

Vásquez Yepes

La Quincena Social Josefina

Ecós de una bella fiesta musical

La audición musical efectuada en nuestro teatro nacional la noche del 22 de octubre próximo pasado y en la cual se despidió el joven violinista don Longino Soto Guardia, resultó un bello torneo de arte.

El joven músico supo interpretar la música sublime de su violín, con tal maestría que cautivó por entero la atención del público.

El joven Soto Guardia partió para los Estados Unidos, en donde alcanzará nuevos triunfos en el arte musical.

El grupo que presentamos repre-

senta las señoritas que tomaron parte en el cuadro plástico denominado *Música*, y que fué recibido con nutridos aplausos por la concurrencia. En el centro del grabado aparece el joven Soto Guardia (sentado).

PANDEMÓNIUM felicita muy sinceramente al joven violinista por el nuevo triunfo alcanzado, y hace votos por que sus triunfos en el exterior sean reales.

Fiesta nupcial

En casa del caballero Lic. don Andrés Venegas, se efectuó la noche del



Señoritas que tomaron parte en la velada del violinista nacional, Soto Guardia

De pie: Señoritas Marta Fernández, Minita Coronas, Clotilde Castro, Marta Castro Rauson, señor G. Tristán Fernández (autor del cuadro), señoritas Zelmira Chavarría, Ydaly Charpentier, Minita Lizano y Flora Escalante.
Sentadas: Señoritas Betina Chavarría, Berta Escalante, señor Longino Soto Guardia, Lilia Mory y Merceditas Estrada.

31 del mes pasado la ceremonia nupcial del joven don Julio Gurdían con la distinguida y apreciable señorita María Cristina Agüero.

La ceremonia tuvo un carácter puramente familiar, concurriendo solamente miembros de ambas familias y amigos muy íntimos.

La nueva pareja recibió valiosos presentes de sus amistades.

PANDEMÓNIUM hace votos muy sinceros por la felicidad de los nuevos esposos.

De sport

El domingo 1º de noviembre se efectuó en la plaza de la Merced un reñido match de foot-ball, dedicado a la distinguida y culta señorita María Teresa Amador, al que asistió gran número de señoritas y caballeros. La señorita Amador obsequió a los vencedores con una elegante copa de plata.

Suctuosas

La muerte ha pasado en los primeros días de esta quincena por San José, arrebatando dos de los miembros más sobresalientes y queridos de la sociedad josefina: don Juan Rafael Mata y el Presbítero don Andrés Vilá. Perteneció el primero al alto comercio de esta capital y siempre supo distinguirse por su carácter amable, por sus méritos personales y por su dedicación al trabajo. Su vida fué dedicada por completo al trabajo. El segundo perteneció a la generación de sacerdotes que hacen querer y estimarse de todos sus fieles; el popular Padre Vilá, tuvo siempre el corazón abierto para todos sus semejantes y supo siempre cumplir los preceptos de la religión de Cristo. Desempeñó durante muchos años el puesto de capellán del ejército, y fué cura de varios pueblos en donde puso todas sus energías en provecho de la institución religiosa que representaba.

Para ambas familias, la del caballero don Juan Rafael Mata, y la del Presbítero Vilá, envía PANDEMÓNIUM sus muestras más sentidas de condolencia.

*
*

Las estimables familias Robles y Sasso recibieron noticia cablegráfica de haber fallecido en St. Thomas, a fines del mes pasado, el cumplido caballero don José A. Robles, quien radicó por muchos años en el seno de nuestra sociedad haciéndose querer y estimar por quienes le trataron.

PANDEMÓNIUM presenta a las estimables familias y a la colonia Hebrea residente en Costa Rica, sus muestras de condolencia.

Honor

El señor Presidente de la República, por acuerdo dictado el 31 del mes pasado, ha concedido permiso al señor Lic. don Ezequiel Gutiérrez Iglesias para aceptar la condecoración de Caballero de la Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, que le fué conferida por Su Majestad el Rey de España Don Alfonso XIII. Enviamos nuestras felicitaciones al señor Iglesias Gutiérrez.

Condecoración de Mr. Popham

En sesión especial de nuestra Municipalidad, con asistencia de todos los Regidores, del señor Gobernador, algunos miembros de la Prensa y algunos particulares, la Municipalidad de San José puso en el pecho del caballero Mr. Popham, una medalla de oro como recuerdo de gratitud por sus importantes trabajos en favor de Costa Rica, en el asunto de límites con Nicaragua.

La bella y gentil señorita María Teresa Amador fué designada para colocar en el pecho del caballero antes dicho la medalla.

Emmy Fonseca

El estimable caballero don Emilio Fonseca Calvo y su señora esposa doña Clara Hundrieser de Fonseca, han pasado por la pena de perder a su encantadora niñita Emmy después de haber sufrido violenta y aguda enfermedad.

ECOS DE UNA FIESTA DE ARTE



Señoritas Ada Gil, Margarita Gil y María Blanco,
quienes tomaron parte en la fiesta musical del joven Longino Soto,
en el cuadro plástico titulado "Música"

Para los desconsolados padres enviamos nuestras muestras más sinceras de condolencia.

Duelo social en Heredia

El señor don Domingo González, Primer Designado a la Presidencia de la República y padre del señor Presidente, ha pasado por la pena de perder a su hermana la señorita Froilana González Pérez, quien gozaba de grandes simpatías en Heredia.

Para la familia doliente envía PANDEMÓNIUM sus muestras más sinceras de condolencia.

Don Bernardo Soto

El señor ex-Presidente de la República Lic. don Bernardo Soto, ha estado en la quincena que termina hoy algo delicado de salud, pero dichosamente los esfuerzos de la ciencia médica y la constitución fuerte del señor Soto vencieron la enfermedad, pudiendo informar con gusto a nuestros

numerosos lectores que ya el señor ex-Presidente se encuentra completamente restablecido.

Nuevos Bachilleres

El Liceo de Costa Rica ha conferido el título de Bachiller en Humanidades a los jóvenes don Roberto Loría y don Arturo Moncada, jóvenes estudiantes de dicho plantel que han merecido el aplauso de todo el profesorado.

Restablecido

El señor don Elías Leiva Quirós, Director del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, que en días pasados estuvo enfermo de bastante gravedad, se encuentra ya completamente restablecido de la dolencia que le tuvo prostrado, lo que nos alegra sobremanera por las muchas simpatías de que disfruta el señor Leiva tanto en esta capital como en Cartago.

Fernando Fernández

Revistas recibidas

La moderna guerra ha puesto en juego armas perfeccionadas de un poder formidable, cuya eficacia, por desgracia, se experimenta actualmente en la dolorosa tragedia que conmueve a Europa.

Una de las armas navales más ingeniosas y científicas es el torpedo automovil, curioso prodigio de la mecánica. Ocupándose de éste, y del más reciente modelo, llamado torpedo cañón, el ingeniero señor Campalans ha escrito un artículo ilustrado en el número 39 de la revista *Ibérica*, notable publicación semanal que sin descuidar la parte de vulgarización de la ciencia en general, viene dedicando interesantes informaciones al aspecto científico de la guerra.

Ofrece esta semana entre otras notas: Combate de Helgoland, fronteras de Alemania y Austria con Francia y Rusia, el conflicto industrial angloalemánico, la artillería inglesa, aerotécnica experimental, la fotografía con los caloríficos, la fotografía nocturna, el Instituto geológico de España, la Asociación española para el progreso de las ciencias, etc, etc.

* *

Con la puntualidad que tiene por costumbre ha visto la luz el número de *Hojas Selectas* que corresponde al mes de octubre. Examinado en conjunto, sólo elogios merece, así por lo escogido del sumario como por lo artístico e interesante de su profusa ilustración, de la que forma parte una abundante serie de fotografías de la guerra europea. He aquí un extracto del sumario:

Río Janeiro al vuelo, por Carlos Manul, con siete grabados.—*Vehículos de cuatro ruedas*, con 16 grabados.—*Cantón independiente*, por Tomás Mendigutía, con 7 dibujos de L. C. Valera y S. Martínez.—*Las quinas de Portugal*, por Alfredo Opisso, con 2 dibujos de J. Pey.—*El Renacimiento en Tolosa*, por Roberto Ribes Mery, con 9 grabados.—*La República Celeste*, con 12 grabados.—*La Historia del Perú por el P. Urías*, por Ricardo Palma, con un dibujo de J. Pey.—*Octubre*. Soneto original de José Wen Maury.—*El periodista detective*. Novela original de Mr. Jeanon Hill (continuación), con 2 dibujos de Cabrinety.—Publica, además, una nutrida sección de actualidades, notas de arte, crónica de la guerra, modas de París y miscelánea selecta, con una nota política de Ricardo Opisso.